

CAPÍTULO VIII

Denuncias de conjuraciones de los negros. — Medidas que dicta el virey. — Sublevación de los negros en las montañas de Córdoba. — El virey envía contra ellos una expedición. — Organización de los sublevados. — La expedición llega al campamento de los negros. — Derrota y sumisión de éstos. — Expedición de Sebastián Vizcaino en demanda de las islas Ricas. — Llega al Japón como embajador de Nueva España. — Preséntase al príncipe y al emperador. — Es recibido solemnemente. — Comienza sus trabajos reconociendo las costas. — Dificultades que se le presentan. — Penosa situación á que llegan los expedicionarios. — Pretenden regresar á Nueva España sin poderlo conseguir. — Celebran contrato para hacerse de un navío. — Embárcanse y regresan á Nueva España.

Durante muchos años, desde el tiempo en que gobernaba don Antonio de Mendoza, no habían vuelto en México á tenerse sospechas de conjuraciones de negros; pero en 1609 comenzaron de nuevo aquellas inquietudes, y las denuncias se multiplicaban, avisando al virey muchas personas principales que los negros tramaban un levantamiento, y que el día de los Reyes, 6 de enero de 1609, era el señalado para la sublevación, en la que matarían á los blancos y nombrarían por rey á uno de los esclavos. El virey no creyó en la existencia de aquella conjuración, pero para calmar el ánimo de los vecinos de México tomó algunas precauciones y mandó azotar públicamente á varios esclavos negros que estaban presos por otros delitos; sin embargo, algún fundamento debían tener esos rumores, porque había muchos negros sublevados en la provincia de Veracruz. Aquellos insurrectos se refugiaron en las montañas que se extienden entre el cofre de Perote y el volcán de Orizaba ó Citlaltepctl, y su número aumentaba rápidamente, porque día en día les llegaban como refuerzo no sólo los negros esclavos fugitivos, sino aun hombres de casta que buscaban allí un refugio contra la persecución de la justicia.

Vivían aquellos hombres con los frutos de la tierra, que con ser tan fértil producía abundantes mantenimientos; pero muchos no se contentaban con eso y salían á los caminos, principalmente al de Veracruz, á atacar á los pasajeros despojándoles de cuanto llevaban, y no pocas veces dándoles muerte. Al principio el virey hizo poco caso de aquello, creyendo sin duda que todos esos males eran causados por cuadrillas de salteadores fáciles de perseguir y exterminar; pero muy pronto conoció cuál era el origen del mal, y determinó poner un remedio enérgico y eficaz.

Con ese objeto formó una expedición compuesta de doscientos hombres entre españoles y mestizos, que á las órdenes de Pedro González de Herrera, vecino de Puebla, salió de aquella ciudad en busca de los negros el 26 de enero de 1609, después de haber promulgado un bando para que en aquel día y en los siguientes no saliese de la ciudad negro alguno que pudiera dar noticia de la marcha de la expedición á los insurrectos. El virey había pedido al padre Martín Peláez, viceprovincial de los jesuitas, que nombrase algunos de los padres de la casa Profesa que acompañasen á la expedición en calidad de misioneros castrenses y tentasen por medio de la predicación y el convencimiento la reducción de los insurrectos. Destinó el viceprovincial para aquella empresa á los padres Juan Laurencio y Juan Pérez, que se incorporaron oportunamente en Puebla á la expedición y con ella salieron de la ciudad.

Los negros habían nombrado un rey ó caudillo que llamaban *Yanga*, quizá porque pertenecía á la tribu de los Yang-bara, una de las tribus que forman parte en el Alto Nilo de la nación de los Dincas en el territorio al sudoeste de Gondocoro entre el Bari y los Macaras. El Yanga era un negro alto y bien formado; en 1609 hacía treinta años que había escapado de la esclavitud y vivía en las montañas acaudillando á los negros fugitivos, cuyo número había aumentado de día en día. Contaba el Yanga que era hombre de sangre real y hubiera llegado á ser un monarca en su país á no haberlo hecho esclavo los europeos: durante su juventud dirigió personalmente las expediciones, y cuando llegó á la vejez entregó el mando de las armas á un negro de Angola, que por el nombre del amo á quien había servido era llamado Francisco de Matosa.

Los negros hacían correrías que eran fatales para

los habitantes de aquel territorio; robaban é incendiaban las fincas de campo matando á los hombres y llevando cautivas á las mujeres.

González de Herrera procuró atacar á los negros sin que éstos pudieran prepararse, y con ese intento buscó para aproximarse al campo enemigo, extraviados y ocultos senderos, por donde caminó hasta llegar á una finca que fortificó, convirtiéndola en almacén de provisiones de guerra y de boca y centro de todas sus operaciones.

En los mismos días en que González de Herrera llegaba á la sierra, los negros hicieron prisionero á un español en una de las estancias de campo y lo llevaron á la presencia del Yanga; recibióle éste con toda la altivez de un monarca, diciéndole:—«Español, no temas que no morirás, pues has visto mi semblante.» Mandó que le diesen de comer, y después le puso en libertad, entregándole una carta para que la llevase al capitán González de Herrera, en la que decía: «que ellos se habian retirado á aquel lugar por libertarse de la crueldad y de la perfidia de los españoles, que sin algun derecho pretendian ser dueños de su libertad: que favoreciendo Dios una causa tan justa habian hasta entonces conseguido gloriosas victorias de todos los españoles que habian venido á aprehenderlos. Que en asaltar los lugares y haciendas de los españoles no hacian sino recompensarse por fuerza de las armas de lo que injustamente se les negaba. Que no tenian que pensar en medios de paz, sino que conforme á sus instrucciones viniese luego á medir las armas con ellos, y para que no pretestase su cobardía ignorancia de los caminos, le enviaba el portador á quien no habia querido dar la muerte porque le sirviese de guia y le excusase el trabajo de buscarlos ¹.»

La carta de Yanga hizo comprender al capitán español que eran inútiles todas las negociaciones y necesario emprender la campaña, y el 21 de febrero dejó sus posesiones y se puso en marcha buscando á los negros. Muy pronto dieron con una pequeña fuerza de caballería que iba con rumbo á Orizaba y con objeto de incendiar una finca de caña de azúcar. Los negros huyeron al descubrir á la fuerza española, llevando la alarma y el terror á su cuartel general; allí armóse espantoso tumulto, gritaban las mujeres y los niños, los hombres corrían á las armas y los jefes vacilaban sobre si debían combatir ó retirarse. Signió avanzando González de Herrera con sus fuerzas, que dividió en tres columnas para atacar simultáneamente el campamento, que ventajosamente situado tan fácil presentaba la defensa como peligroso el asalto. Las tres columnas marcharon abriéndose camino entre la tupida maleza y los entretijos bejucales hasta llegar al pié de las fortificaciones de los negros; comenzó el combate, y á los fuegos de

los asaltantes contestaban los del fuerte arrojando sobre ellos troncos de árbol y peñascos que les causaban terribles perjuicios. González de Herrera mismo rodó arrebatado por uno de aquellos improvisados proyectiles; los dos jesuitas que acompañaban la expedición fueron heridos, el uno en una mejilla por una piedra y el otro por una flecha en la pierna. Por fin, á pesar de tan vigorosa resistencia, los españoles se hicieron dueños de aquellos peñones y continuaron su marcha para el pueblo en el que se habian refugiado el viejo Yanga con las mujeres y con los niños; pero allí no se encontró ya resistencia; los negros huyeron á las montañas, y el capitán español, deseando dar feliz término á su empresa, llamó de paz á los fugitivos, ofreciéndoles el perdón, al mismo tiempo que los perseguía sin descanso.

Encuentros de poca importancia se registran después entre las tropas del virey y los ya vencidos insurrectos; pero la resistencia era imposible, y el Yanga y sus principales compañeros capitularon ofreciendo entregar á todos los esclavos fugitivos y prometiendo fundar un pueblo, si se les daba á todos la libertad, cuyo pueblo sería el baluarte y la garantía de los españoles en aquellas serranías, pues los negros se comprometían á no permitir que aquellos lugares en lo de adelante sirviesen de asilo á esclavos fugitivos ó á bandoleros; protestaban ser fieles vasallos del rey y pedían un ministro de justicia y un cura de almas; el virey convino con aquella súplica, y señaló el sitio para la nueva población, que se fundó algunos años después, en 1618, á pocas leguas de Córdoba, con el nombre de San Lorenzo de los Negros ¹.

Al mismo tiempo que el gobierno de México procuraba la extensión de las fronteras de los dominios españoles por el norte, no perdían de vista los vireyes el descubrimiento de nuevas islas por el Pacífico. La grande riqueza que á Nueva España habia traído el comercio de Filipinas servía de poderoso aguijón para nuevas empresas. Los reyes de España, por su parte, no cesaban de alentar á los vireyes á nuevos descubrimientos; el gran número de islas en el archipiélago en que se encontraron las Filipinas hacía que siempre estos viajes fueran fructuosos. Por último, el gran provecho que de sus viajes y comercio en aquellos mares habian alcanzado los holandeses, alentaba al gobierno español á perseverar en aventuras marítimas y en nuevos descubrimientos y conquistas.

El año de 1611 envió don Luis de Velasco una expedición en demanda de las islas llamadas *Ricas de oro y plata*, que se decía estaban cerca del Japón. Iba por general de esta expedición Sebastián Vizcaino ²

¹ El padre Alegre refiere estos acontecimientos en su *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España*, apoyado en la relación del padre Juan Laurencio, que acompañó la expedición.

² Este Sebastián Vizcaino era encomendero de los pueblos de la provincia de Avalos y vecino de México.

¹ ALEGRE. — *Historia de la Compañía de Jesús en México*, lib. V.

y le acompañaban el piloto mayor, capitán y maestre Benito de Palacios; el segundo Lorenzo Vázquez, los religiosos franciscanos fray Pedro Bautista, fray Diego Ibáñez, fray Ignacio de Jesús; tres legos, fray Pedro y dos fray Juanes; el escribano Alonso Gascón de Cardona y además un japonés, hombre muy principal llamado Joçuquindono, que había tomado el nombre de Francisco de Velasco y que llegó á la Nueva España en 1610.

Con el objeto de facilitar más el descubrimiento, se acordó por el virey que el viaje se hiciera directamente de Acapulco al Japón sin tocar las Filipinas y que saliera Sebastián Vizcaino con el pretexto de llevar embajada del monarca español y del virey de Nueva España al emperador del Japón y á su hijo. Tomóse en México esta resolución, después de grandes discusiones, en una junta á la que asistieron don Luis de Velasco y Sebastián Vizcaino; don Juan de Villela, presidente de la Audiencia de la Nueva Galicia, que había sustituido al licenciado Landeros en su cargo de visitador; fray Alonso Muñoz, franciscano, comisario de las provincias del Japón; Hernando de los Ríos, coronel, procurador de las islas Filipinas; don Antonio de Morga y otras personas principales de México.

Salió de Acapulco el navío *San Francisco*, llevando al general y á sus acompañantes, el 22 de marzo, embarcándose también el contador Gaspar Bello de Acuña y el factor Alonso de Monroy; el tesorero Alonso de Tunes, y el veedor Cristóbal Ruiz de Castro.

El 1.º de mayo llegaron á las islas llamadas de los Ladrones, y el 9 de junio arribaron á un puerto del Japón¹.

Sebastián Vizcaino escribió desde Urangava al emperador del Japón una carta que decía:

«Serenísimo Emperador de los reinos y provincias del Japon:

»Sebastian Vizcaino, general y embajador del Rey de las Españas, Don Felipe III, su señor, y del Marqués de Salinas, virey de la Nueva España y su lugar

Las noticias de esta expedición las he tomado de la «Relación para el descubrimiento de las islas llamadas Ricas de oro y plata» publicada en la *Colección de documentos inéditos del Archivo de Indias*, tomo VIII, pág. 401, cuya relación termina con el siguiente párrafo: «Este es un traslado bien y fielmente sacado del original del libro de S. M. questá rubricado y firmado del señor virey don Luis de Velasco, Marqués de Salinas, que queda en poder del dicho General, que va escrito en treinta y dos fojas; que á vello sacar y corregir se halló estar conforme con el original el P. Fr. Diego de Ibarra y Juan de Berga y Domingo de Villalobos, estantes en esta dicha nao, en 22 dias del mes de Enero de 1614 años. En testimonio de lo cual lo firmé y hice mis rúbricas. Francisco Gordillo, escribano nombrado.»

¹ En el *Diccionario mexicano de geografía y estadística*, artículo «Velasco, Luis,» se dice que esta expedición se hizo con el objeto de facilitar el comercio con las Filipinas y que en ella iba San Felipe de Jesús y los otros mártires sus compañeros; ambas cosas son enteramente falsas, porque el objeto de la expedición fué el descubrimiento de las islas Ricas, y san Felipe de Jesús partió con los misioneros que iban á predicar el cristianismo, saliendo de Manila, y la expedición de Sebastián Vizcaino no tocó las Filipinas ni pudo por consiguiente recoger de allí á san Felipe y sus compañeros.

teniente, y el P. Fr. Pedro Bautista, de la orden de el padre San Francisco, hacemos saber á V. M. como hoy, Sábado 10 del mes de Junio de 1611, llegamos á este puerto de Urangava en un navio, en el cual partimos de la Nueva España, del puerto de Acapulco, á los 22 dias del mes de Marzo deste año, recta via, á este reino, á solo traer á V. M. razon de cómo el dicho Marqués recibió las chapas y embajada que el P. Fr. Alonso Muñoz, en nombre de V. M. le llevó; y así mesmo á traer á este reino á Josquendono y los demás japones vasallos de V. M. que el año pasado fueron desde este al de la Nueva España con D. Rodrigo de Vivero, y el retorno de la plata que por mandado de V. M. se le prestó al dicho Rodrigo y el valor del navio *S. Buena-ventura*, que el dicho Marqués, en nombre de mi Rey y señor compró, aunque no fué á propósito para volver con él á este reino, por las causas que el dicho Josquendono y los demas japones informaran á V. M., como del buen pasaje que, á ida y estada en la Nueva España y venida á estos reinos, se les ha hecho de parte del dicho Marqués y mia, respetándolos, honrándolos, y regalándolos como criados y vasallos de V. M. Y aunque el dicho Marqués pudo despachallos por via de las islas de Luzon, no lo hizo, considerando ser largo el viaje y peligroso, así de la navegacion, como por andar cerca de las dichas islas cantidad de navios holandeses, corsarios, que andan robando, y alzados contra mi Rey y señor, por no ponellos en riesgo, ni el retorno de la dicha plata y valor del navio, y los demás que traemos del dicho Marqués en nombre de mi Rey y señor. Teniendo que comunicar con V. M., pedimos humildemente licencia para subir á esa corte á besar á V. M. las manos y á difirir lo que V. M. fuere servido, en razon de lo comenzado y de la paz y buena correspondencia que se ha de tener con V. M. y sus reinos, cuya vida Nuestro Señor aumente con más reinos y estados. — De Urangava, etc.»

Escribió también al príncipe, y quedó en espera de las respuestas de ambas cartas que llevó el japonés Joçuquindono y algunos compañeros suyos. Los ministros del emperador escribieron una carta á Vizcaino, diciéndole: «La carta de la tercera luna recibió el príncipe nuestro señor, en que en ella se hace un aviso y relacion de su llegada, de que recibió particular contento y gusto y todo el reino, aunque considera los muchos trabajos que Vuestra Merced habrá tenido en tan largo camino; mas con la llegada á este reino adonde será regalado de todos los dél, y así puede venir luego vuestra merced á esta corte, adonde le queda esperando el príncipe y todos los caballeros della, y en todo haga vuestra merced su voluntad y gusto. El general de las funcas envía embarcaciones, y lo demás que fuere menester dará el Jono de ese puerto y de Yendo. — Cuatro de la tercera luna. — Firmaron la carta presidente y oidores, secretario y camarero.»

El general, luego que recibió la invitación para pasar á la corte, salió de Urangava en la mañana del 17 de junio, llevando consigo, además de los oficiales reales, treinta hombres armados de arcabuces y mosquetes con bandera y el estandarte real, embarcándose también con los religiosos en cinco funcas japonesas que debían conducirle á Yedo, en donde fueron recibidos con gran solemnidad, alojados y obsequiados con mucho esmero. El emperador envió al general recados constantes con un caballero á quien llaman en la relación Guatanavé Amajirodon, y parece que al principio, por motivos de etiqueta, se difirió la presentación del emperador.

Curiosos son los detalles contenidos en la relación de esa embajada, quizá la primera y única que la Nueva España y México, República, han enviado al Japón; y aunque el objeto aparente de ella fué establecer relaciones de amistad con el emperador del Japón y el real explorar las costas, pudo haberse aprovechado para el comercio la ocasión que presentaba aquel acontecimiento. Respecto al recibimiento del embajador dice la relación lo siguiente:

«Y otro día siguiente, martes, le vino otro recado de Su Alteza, en que se le hacia saber como el día siguiente, miércoles, haciendo buen tiempo, le daría licencia para que fuese á dar su embajada. Y este recado truxeron dos caballeros, nombrados Guinjosen, copero de S. A., y el otro, Escavanguinban, de la boca del Príncipe, ambos señores de título; los cuales, después de haber dado el recado, le dijeron que de qué manera pensaba dar la embajada: si habia de ser como se acostumbraba á los Reyes del Japon antiguamente, que era, en viendo la cara al Príncipe, hincar las rodillas ambas, en tierra manos y cabeza, hasta que el príncipe hiciera seña. A esto respondió, que no pensaba hacer ninguna cosa de las que le decian, sino á la usanza española, haciendo las reverencias y acatamientos que á su Rey y señor se acostumbraban hacer, sin dexar armas ni zapatos, y que se le habia de señalar sitio á donde se sentase, y fuese tan cerca de la persona de S. A. que le pudiese oír lo que dijese.

«Sobre esto hubo muchos dares y tomares; fueron recados y vinieron á palacio. Finalmente, el dicho Embaxador se resolvió en que si S. A. no le daba licencia para dar la embajada como había dicho, que se volvería á su reino sin dársela, y que se le diese recado como habia entregado los japoneses y lo que se prestó al dicho Don Rodrigo de Vivero.

«A esto respondió el Consejo, que habian sabido que el dicho D. Rodrigo era caballero y pariente del dicho Virey y que habia sido Gobernador de las islas de Luzon; y que cuando estuvo en esta córte y vido al Príncipe, su señor, no reparó en nada, que de la manera que le quisieron dexar entrar, entró. A esto respondió el dicho Embaxador, que era verdad lo que

decian del dicho D. Rodrigo, y que merecia por su persona y partes cualquiera merced que se le hiciese; mas bien sabian que el haber venido á su córte habia sido por haber dado á la costa con el navio y pèrdidose, y la necesidad le constriñia á buscar remedio para ir adelante á la Nueva España, y cualquier sumision que hiciera, no se le debia tener á mal, pues la necesidad era tan patente, pues venia á pedir auxilio, y de habèrselo dado en este reino su Rey y señor, lo estimó, como es razon. Y considerando esto, el dicho virey le mandó despachar á este reino con japoneses y retornó, y porque se entendiese la buena correspondencia que los católicos Reyes tenian; y él no venia á pedirles nada, ni traer mercaderias, granjerias ni ganancias, sino solo á dar su embajada y á lo dicho; y que antes, como tiene dicho, se iria sin darla, á trueco de que la autoridad de su Rey y Virey que lo envia, no pierda un punto de su grandeza, pues es el mayor señor del mundo.

«Esto llevaron á mal, y se fueron á palacio sin resolver nada, y dieron noticia al Príncipe, el cual mandó luego se hiciese junta con los presidentes del Consejo de Estado y Gobierno y oidores y otros consejeros, y salió decretado que el dicho Embaxador diese la embajada á su usanza, como más bien le estuviere, con que cuando la diese en nombre de su Rey fuese una grada, do estaba sentado el Príncipe, y que allí recibiría la carta y presente que de parte del dicho virey le traia, y que acabado de dársela, bajase otro escalon más abajo, y que allí diese el presente, que de su parte daba, y que allí se sentaria en la misma grada, pues el Príncipe estaria sentado en baxo; y que toda cuanta honra y merced se pudiese, se le haria, como á primer embajador venido de Nueva España.

«Y así fué; porque el día siguiente, miércoles, á las ocho del día, vino á casa del dicho Embaxador toda la guardia de S. A. y otros muchos caballeros para irle acompañando, y que llevase en enhorabuena su bandera, estandarte, caja y la gente con sus armas á su usanza, y que no disparasen ningun mosquete ni arcabuz, sino al pasar de una puente; y al entrar de la puerta de fierro de palacio, se quedasen las armas y bandera, y el estandarte Real entrase hasta la última puerta, y que ni más ni menos la gente que iba con él. Hízose así; y como á las diez salió de su posada el dicho Embaxador, habiendo enviado delante el presente que el dicho Virey enviaba, que era bueno, y el suyo, que fué razonable, de una pieza de grana de polvo y de otra de raya fina, una cuera ¹ de ante bien guarnecida y fuerte, un sombrero con su cintillo y plumero muy bueno, y otras menudencias de vidrios, carneros y ovejas. Y se comenzó á marchar, yendo delante haciendo oficio de

¹ Cuera, parte del vestido usado por los españoles en aquella época, que equivalía al capotillo ó ropilla y se ponía encima del jubón, siendo, por lo común, de cuero ó de piel.

capitan y cabo, Lorenzo Vazquez, acompañado de piloto, con su arcabuz y haciéndolo muy bien, y la demás gente en órden; la bandera á tres hileras, que la llevaba el sargento Juan de Hoz, y el estandarte á otros tres, antes de la retaguardia, que llevaba Alonso Gascon, escribano del dicho viaje, y haciendo oficio de sargento, Diego de Palacios, y la caja en medio, que como cosa no vista en esta ciudad, hizo tanto ruido y convocó tanta gente, como adelante diré. El Embaxador iba junto al estandarte, llevándolo á la mano derecha, y á su lado el P. Fr. Luis Sotelo, de la dicha Orden, comisario deste reino, y á la otra los dichos padres Fray Pedro Bautista y Diego Ibañez, y delante del dicho Embaxador el General de las funcas y otro caballero de título. Y con mucho concierto se fué á Palacio y las calles por donde se iba, estaban tan limpias y tan aderezadas y con tanto número de gente, hombres y mujeres y niños, que con ser el trecho casi tan lexos como de Chapultepeque á las casas Reales de México, estaban tan cubiertas de gente, que no se podía pasar; de manera que, sin alargar la pluma, la gente que acudió este dia fué más de un millon, y ando corto, porque de propósito lo ordenó así el Príncipe para que se viese su grandeza. Y en órden con nosotros, delante y detrás en fila, iban más de cuatro mil soldados de su guardia, con tanta quietud y sosiego, que con haber tan gran número de gente, no se hablaba palabra, ni hubo alboroto más que si no hubiera gente. Sólo cuando pasaba el Embaxador, se humillaban todos á su usanza.

»Llegóse á Palacio como á las doce del dia, y en la puerta primera, que son cinco, quedaron las armas y bandera, y allí salieron los capitanes de la guardia con la gente de su cargo, que eran sin número. Estos subieron con el Embaxador hasta la última puerta, y allí salieron el camarero y otros privados á rescibille. Metiéronlo en una sala; no se puede decir de su limpieza y aseo en lo que tenían allí. Le mandaron asentar y esperar; y á cabo de un poco, salieron otros dos caballeros á meter al dicho Embaxador en otra sala más adentro, muy más curiosa y rica, y siempre llevaba consigo á los dichos religiosos y gente, dejando guardia á las armas y bandera, do le tuvieron poco; y luego salieron otros dos caballeros y le metieron en una cuadra muy grande con sus corredores y miradores, que seria tan grande como la plaza de México. Allí estaban mas de mil caballeros, vestidos cada uno con las insignias de su estado y grandeza, los que eran hijos de reyes de por sí, y los señores de estado tras ellos, y los demás conforme cada uno á su dignidad. Tenia cada uno en la cabeza su insignia, por donde eran conocidos, unos como mitras, otros con tres esquinas como bonetes, otros como chapines, otros como turbantes colorados y de otras muchas maneras.

»Estos son los que tienen en rehenes el Príncipe de los señores de este reino; aquí el Embaxador les

hizo la cortesía y reverencias que convino, comenzando por los mayores hasta los últimos, y ellos se la hicieron á su usanza, juntando las manos y abajando la cabeza hasta el suelo. Y pasado adelante á otra cuadra do estaba el Príncipe ya sentado en su sitial, aunque en el suelo, en ricos tapices, vestido con las vestiduras reales, y á su lado derecho, fuera de la cuadra, en un corredor los dichos presidentes y consejeros, que eran nueve, y más abajo un poco el mayordomo, camarero y secretario, y hicieron cierta seña de adentro, aunque muy pequeña, de parte del Príncipe, dando á entender que entrase el Embaxador, y todo en tanto silencio que parecia cosa encantada, pues no habia más ruido que si no hubiera gente.

»Y así como el dicho Embaxador llegó á la presencia del Príncipe, hizo tres reverencias no muy grandes, y abajó el baston que llevaba en la mano casi hasta el suelo; pasó más adelante, como seis pasos, á otra grada, y hizo otras tres reverencias un poco más bajas, pasó adelante á otra grada, donde hizo otras tres reverencias mas bajas, y puso la carta que llevaba del dicho señor Virey en la cabeza y haciendo otras tres reverencias, la puso en el estrado. Y á todo esto el Príncipe é Consejeros, mirando con gran atención al dicho Embaxador así de las cortesías como del vestido que llevaba, que por no le haber visto jamás les causó grande alegría en verle, porque era cabsa de obra, con entretelas de tela, pilon de tela, ropilla de la obra de las calzas con capa de raja¹, gorra de plumas y toquilla de oro muy bien aderezada, bota blanca abotonada, espada y daga dorada, cuello de puntas abierto, acanalado. De que dió nuevo gusto al Príncipe y señores, y con grandes muestras de contento llamó al secretario y le dió el recado, en que decia dijese al Embaxador que se asentase en aquel lugar que le estaba señalado, y que se habia holgado mucho de le haber visto y su buen término, y que bien consideraba los muchos trabajos que habia pasado por la mar en tan largo viaje, que supo que habia estado ochenta y un días embarcado sin ver tierra, de que hacian espanto.

»El Embaxador respondió al recado, que besaba á S. A. las manos, por tan gran merced como le hacia, y que los trabajos que habia pasado en la navegacion y restaban hasta volver á su tierra, los tenia por regalos, por haber venido á la presencia de un tan gran Príncipe. Volvió el recado con el Secretario, y dándosele al Príncipe, hizo ciertas cortesías con la cabeza al Embaxador, de modo de agradecimiento. El cual se levantó y hizo otra muy grande reverencia y dió el presente del dicho Virey, que lo recibió con gusto y lo mandó meter adentro, y estuvo un poco suspenso, sin hablar mas palabra de abrir la mano con gran magestad y señorío, dando á entender que el dicho Embaxador saliera, y así lo hizo. Y luego, estando prevenido su presente, le

¹ Raja, paño de jerga; la más estimada era la de Florencia.

mandó tornar á entrar, y lo hizo con las mismas reverencias que antes, aunque mas bajas que las primeras, aunque á la entrada ni salida nunca volvió el rostro al Príncipe, porque con las reverencias que entró, con esas fué saliendo. Estuvo un poco; diósele otro recado por el Presidente de Gobierno, en que decia, que el Príncipe, su señor, estimaba mucho aquel regalo, y que si gustaba que sus soldados y criados le viesen, los metiese. El dicho Embaxador, dijo, que si su alteza era servido. Salió de la sala con las dichas cortesías y al principio de ella puso la dicha su gente con sus armas y calzados. El Príncipe lo miró muy de propósito y á todo estaban presentes los dichos Padres, y con su presente, que dieron al dicho Príncipe, en que dijo en una voz poco alta, que se holgaba de ver los Padres, que esto de Padres se le entendi6, por ser en nuestra lengua.

»El P. Fray Luis Oteló y Fray Pedro Bautista, como lenguas, lo hicieron muy bien y fueron muy buenos intérpretes, que todo corria por su mano, que guiado por tan santos religiosos y tan deseosos del servicio de Dios y remedio destas almas, hacian extraordinarias diligencias; y todas las veces que los dichos religiosos hablaban al dicho Embaxador, aunque estaba asentado delante del Príncipe, se levantaban y les hacia humillacion y respeto, como á sacerdotes, que todo esto notó el Príncipe y los consejeros.

»¡Gracias á Dios, quien se deben dar, que va disponiendo las cosas como conviene á su santo servicio! Pues con esto han tomado todos los japoses tanta devocion á los dichos religiosos y iglesia, que no pueden estar sin valerse dellos; unos pidiendo bautismo, y otros enterándose en las cosas de nuestra Fée. Su Divina Magestad, pues derramó su sangre preciosa por ellos, se duela y saque de tan gran ceguedad como están; que sí hará, como Padre verdadero, pues ha comenzado á dalles luz.

»Y acabo de un cuarto de hora que el dicho Príncipe estuvo mirando la dicha gente, hizo seña á los dichos dos presidentes, los cuales fueron al dicho Embaxador y le sacaron de la sala; y pidieron que los retratos que traia para el dicho Emperador, los queria ver y mostrar al dicho Príncipe, á su mujer y hijos; que entre otras muchas cosas buenas que se le conocen á este Príncipe, es no usar demas de una mujer; que sus antecesores, el que menos habia tenido, pasaban de cuarenta. Es muy reto y gran justiciero y mas aladrones y mujeres de mal vivir.

»El dicho Embaxador dijo que de muy buena gana daria los retratos, que los tenia ya prevenidos allí, muy bien aderezados, con sus bastidores y con sus velos. Metiéronlos adentro, y así como los vió, se levantó y mandó hechar la gente fuera y se quedó con ellos: y al Embaxador ordenó que se fuese enhora buena á su posada, que luego los inviaria; y así lo hizo

y mandó enviar recaudo en que se habia holgado mucho de vellos y que si la color que el Rey y Príncipe tenian en las mexillas, era natural ó postiza, porque eran muy lindas. Diósele á entender que era natural y asimismo que se habia holgado mucho de ver la Reina nuestra señora y su hermosura y atavio, que esto estrañó la Reina y damas de palacio; porque la que mas trae de ellas, desde la Reina hasta la menor, es un timon de seda, muy galan y delgado, y debajo dél, de la cintura abajo, otro á modo de faldellin, y sobre el timon otro que parece capisayo de niños, de diferentes colores y pinturas; y en la cabeza, solo el cabello, cogido con gran curiosidad en el cogote.

»Y recibido el recaudo, el dicho Embaxador salió de palacio, tomando sus insignias, con el mismo acompañamiento y en orden su gente, que aunque no eran mas de veinte y cuatro arcabuceros y mosqueteros, hicieron tanto ruido en una ciudad tan grande como esta, que causó admiracion. Diósele orden que no se disparase hasta salir las cinco puertas, fosos y puentes de palacio y dos calles de él, y que de allí para adelante hiciese el Embaxador lo que quisiese. Cumpli6se la orden, y llegado al limite de ella, comenz6se á disparar con tanta presteza, que en menos de una hora, que duró llegar á la posada, gastaron un barril de pólvora.

»Diera el Embaxador de buena gana la merced que S. M. le hizo de la provincia de Avalos, por tener este dia quinientos hombres para este efecto, mas los pocos, aunque marineros, lo hicieron muy bien, que soldados muy viejos no estuvieran mas prestos. Holgábanse los japoses en ver disparar, como gente inclinada á cosas de fuerza. Lleg6se á las cuatro de la tarde á la posada, aunque muy cansados y fatigados del gran calor que hizo. Allí hizo el Embaxador muy gran cortesía á los caballeros, capitanes y gente de guerra que le habian acompañado, dándose por muy agradecido de ello, de que fueron muy contentos.

»Pudiérase venir desde Roma á la dicha ciudad de Yendo, á pié, si hubiera camino, por solo ver este dia; porque los naturales de ella decian que jamás se habia visto recibimiento de Embaxador extrangero como este, y mas recibille con las insignias reales y los caballeros con las suyas, que solo á Rey se acostumbraba á hacer. Y esto hacen cuando eligen Dairreques, el que da las dignidades, que entre ellos es como Sumo Pontífice entre nosotros. El hijo del General de las funcas, que ya usa el oficio por su padre, por ser viejo y ser dia señalado, el dicho Príncipe, en consideracion de haber recibido al dicho Embaxador en su casa y regaládolo y acudido á prevenir las cosas necesarias para la embaxada, que lo hizo muy bien, con mucha diligencia, le hizo merced de una insignia que traen los caballeros deste reino, que como bonete, y entre ellos más estimado que hábito de Santiago entre nosotros, y que pudiese entrar hasta la última sala á donde asiste

el Príncipe, que es la mayor merced que le pudo hacer, de que no ha sido poco envidiado de otros caballeros de este reino, que en él corre también esta enfermedad, y en particular, los que tenían servicios de padres y abuelos que derramaron su sangre, que deste género hay muchos pretenses, y capitanes reformados, como entre nuestra nación. El otro día, jueves siguiente, fué el dicho Embaxador á visitar los presidentes y oidores, consejeros y secretario, y á cada uno de ellos les dió su presente de raja grana, vidrios y jabon, que lo recibieron de buena gana. Solo el presidente de Estado, que hizo grandes diligencias por recibir el presente, escusándose por buenos medios, diciendo que á los jueces no era lícito tomar presente por no embarazarse para hacer limpiamente justicia, y no hallarse empeñado y obligado y no hacer el deber con su Rey.

»A esto respondió, que como de Embaxador extranjero y que no tenía pleitos ni pretensiones en este reino, lo podía recibir en señal del amor, voluntad y paz que se pretendía tener, y de la caridad y limosna que hacía á los religiosos de San Francisco que están en esta ciudad, que este buen viejo los recibió con gran contento y gusto; dió silla al Embaxador y él se asentó en el suelo una grada mas abajo, que fué la mayor cortesía que pudo hacer. Este es padre del Secretario del Emperador, el hombre de mas estima y gobierno que hay en este reino; y los demas recibieron al embajador de la misma manera, y en particular, el Secretario en un retrete del Príncipe; y allí con su misma mano le hizo la chara y le convidó á ella, y le mostró toda su casa, salvo las mujeres, que en esto no hay que tratar. Y no digo aquí por no cansar la gran suma de gente, así caballeros como jonas, hijos de reyes y grandes y otras personas que vinieron á visitar al dicho Embaxador; que fué tanta la cantidad, que de noche ni de día no se vaciaba la casa, que no le dejaban comer ni dormir, que obligó al Príncipe á inviar le guarda. Y jamás entró mujer descubierta ni embozada; mas cuando salía por la ciudad, le seguian tantas, que parecian hormigas; y es la ciudad tan grande, que un día entero fué menester para visitar á los dichos.

»Y el otro día siguiente, viernes, del glorioso San Juan ordenó el dicho Embaxador de ir con su gente en orden al convento de San Francisco á oír misa y dar gracias á Dios por el buen subceso que en esta ciudad se había tenido, que de mas de haberse hecho el servicio de S. M. y gusto del Príncipe y demas gente con gran alegría, no subcedió desgracia ninguna ni muerte, ni se derramó sangre, como se acostumbra por momentos en esta ciudad; que aun los mismos japones repararon en ello y dijeron al Embaxador que iba en su ventura. Fuese marchando al dicho convento, y en la calle estaba puesto un caballero aposta, llamado Mucamune, señor del reino de Oxo, con mas de dos mil soldados y mucha gente de á caballo. Y es tan

poderoso, que todas las veces que quiere junta más de ochenta mil hombres de guerra en campaña; y luego que vió al Embaxador se apeó de su caballo, y le mandó un recaudo que le hiciese merced que los soldados disparasen sus arcabuces, que los quería ver. Hízose así, y con tanta presteza, que de improviso dieron dos cargas, de que se espantó y atapó los oidos; pero los caballos de los demas que estaban en la calle, del ruido de la pólvora se alborotaron de tal suerte, que hechaban los amos por el suelo y daban á huir, y otros que estaban cargados de bastimentos y verduras, rodaban por el suelo.

»Dió tanto gusto desto á este caballero y á los demas japones, que perecian de risa. Y acabado esto, se llegó al Embaxador y humillándose hasta el suelo le rindió las gracias, y le ofreció su gente y estado y pasó adelante haciendo grandes cortesías y cumplimientos, que en esto hacen ventaja á todas las naciones del mundo, y en particular entre la gente ilustre.

»No digo la gente que nos fué siguiendo hasta el convento, do llegamos, que fué menester cerrar las puertas y poner guardias, porque según la multitud se entendió, dieran con el convento en el suelo. Esto hizo el Embaxador por dos fines: lo uno por honrar la fiesta del glorioso santo, y lo otro para inclinar á esta gente á que acudan á la iglesia y respetar á los religiosos.

»Celebróse la misa con gran solemnidad, habiendo muchos japones y japonas cristianos; y al alzar la Hostia, se disparó el arcabuceria y mosqueteria, y se abatió la bandera y estandarte en la peana del altar. Holgáronse desto los cristianos mucho, en ver respetar al Santísimo Sacramento; y acabada la misa, nos volvimos á la posada, y por la multitud de gente, no se pudo venir en orden, porque en un día no llegáramos; y así, vinimos en tropa disparando. Y luego, recaudó el dicho Embaxador al Príncipe, pidiéndole licencia para irse á Urangava, en seguimiento de dar la embaxada al dicho Emperador, y ofreciéndole su persona, gente y hacienda y navio en nombre de su Rey y señor. Y como á las cinco de la tarde, vino el dicho Guatanave y Amoxirodono, con la respuesta del Príncipe, y con gran sumisión y reverencia dijo: Que el Príncipe su señor agradecia mucho el buen término, cortesía y ofrecimiento, y que se fuese muy enhorabuena á dar la embaxada á su padre, y que tenía orden el General de las funcas para que le diese todas las que tuviese menester para volver al dicho Urangava; y así mismo, para que desde allí á la corte, si gustase ir por tierra, se le diesen caballos, los que hubieren menester. Y si determinaba ir por mar, las funcas y embarcaciones que pidiese, y por la vía que determinase, tenía mandado se le dieran los bastimentos y comida muy ampliamente para él y su gente, aunque llevase quinientas personas. Para aviallo y pagar el gasto, iria el dicho general

de las fucas, el mozo ó el viejo, el que el dicho Embaxador eligiese más á su gusto; porque el suyo era que en todo se le diera cumplido. Y que en llegado al dicho Urangava, se avisase de su partida y avio, para que si algo faltase, lo mandase prevenir, y que su Dios le diere muy buen viaje.

«A lo cual el dicho Embaxador respondió, que besaba á S. A. las manos por tan gran merced, y que desta y de las demás que habia recibido, daría larga cuenta á su Rey y señor Virey que le invió. Con lo cual, se previno el viaje, y sábado á las siete del dia, salimos de la dicha ciudad, muy prevenidos y acompañados de muy gran número de gente. Y este dia llegamos al dicho Urangava, donde fuimos bien recibidos de los naturales dél y de los nuestros, con gran contento de ver cuán bien iba Dios disponiendo de las cosas.»

Después de varios días consiguió el embajador de Nueva España ser recibido por el emperador que estaba en el punto de Zorumba. La relación de aquella entrevista es más corta y dice así:

«Y con este recaudo salimos en orden, como se hizo en la ciudad de Yendo, con grande acompañamiento de japoneses y japonas, que parecía que habia llovido Dios un aguacero dellos, que cubrian la calle, aunque pocos caballeros, porque los que hay en este reino, todos están en rehenes en la ciudad de Yendo, y como tan belicosos no se fían de ellos los reyes. Y á las doce del dia llegamos á las fortalezas y casas reales, que es una de las mejores que debe haber en el mundo, así de fuerte como de curiosa, con tres fosas muy grandes y de más de diez brazos de fondo de agua y cincuenta pasos de ancho, y el caballete del cuarto do asienten las mujeres que tiene, es de oro fino con dos grifos á los remates, también de oro muy grandes. Y antes de entrar en la primera puerta, salió la gente de la guardia con sus armas, y con ello los capitanes á cuyo cargo están, y aquí se quedaron las armas, bandera y caja y el estandarte subió hasta la última puerta.

«Por no detenerme, no digo la grandeza desta fuerza ni la gente que en ella hay; pues sin alargarme, podia vivir en ella, toda la gente de la ciudad de México y otra tanta.

«Y al primer palacio salió el Presidente del Consejo de Hacienda, llamado Jocabro y otro caballero, y el suegro del dicho D. Francisco que es criado del Emperador y hombre principal, con otros muchos. Aquí le detuvieron diciendo, iban á dar noticia al Emperador de su llegada, á donde estuvo un gran rato; y luego salió el Secretario diciendo que entrase, que el Emperador su señor le estaba esperando, y que pidiese primero la embaxada que traía en nombre de su Rey y Virey, y como á tal lo recibiría; y luego entraría otra vez y le recibiría como á Capitan General.

«Hízose así, y el Embaxador entró haciendo el acatamiento y reverencias que hizo al Príncipe su hijo, y todas las veces que se humillaba el dicho Emperador abaxaba la cabeza: dió la carta y presente, y tornó á salir y metió su presente, que era una taza dorada muy rica y un ferreruelo negro...¹... cuatreno de Segovia, que este último estimó en mucho, y cantidad de vidrios de distintos géneros. Y lo recibí una grada mas abajo con más severidad, sin menear la cabeza mas de una vez á la entrada y otra á la salida. Y con esto salió quedando el dicho Emperador mirando con grande atención los retratos del Rey y Reina y Príncipe nuestro Señor, que de contento de vellos no cabia.

«Luego dió su presente el P. Fr. Diego Ibañez en nombre del comisario general de su orden de la Nueva España; y luego dieron los suyos el P. Fray Pedro Bautista y Luis Otelo; los cuales quedaron hablando con el dicho Emperador muy de amistad, y preguntándoles diferentes cosas, como á lenguas, así de la navegación, como de haberle agradado los dichos retratos y otras cosas.

«Y luego salió el dicho secretario con otro recaudo al Embaxador, en que le decia que se habia holgado mucho de velle, y que se fuese con Dios á su posada á descansar y que despació queria hablar con él. Con esto nos volvimos á la posada, con harto sol y cansados y la gente, mohina en no habelle dado licencia para dis- parar.»

Vizcaíno alcanzó por fin permiso para reconocer las costas y practicar el sondaje de puertos y ensenadas, para lo cual empleó la gente que llevaba, y tomó á sueldo algunos japoneses alquilando embarcaciones de las de aquella tierra, porque los navíos en que él y los suyos habían llegado estaban ya completamente inútiles.

Llegó á saberse por el emperador del Japón y por los principales señores de la corte, que el verdadero objeto de aquella expedición era buscar y conquistar las *Islas Ricas*; de esto se hizo gran mérito contra el embajador de Nueva España y los suyos; pero el emperador declaró que buscasen aquellas islas, que si eran de las sujetas á su imperio no les consentiría tomarlas; pero si á otro rey pertenecían hiciesen lo más que pudieran para apoderarse de ellas; aquella declaración era doblemente inútil: porque sabido era, que si las islas no pertenecían al Japón, nada tenía que ver en el negocio aquel gobierno; y además por falta de embarcaciones aquella expedición no podia ir ya en demanda de las islas.

Los ingleses y los holandeses, enemigos de los españoles, comenzaron á prevenir contra ellos al gobierno del Japón, haciéndole entender que los reconocimientos

¹ Sigue una palabra de tres letras, cuyos trazos están muy confusos y enredados; parece, sin embargo, que quiere decir veinte, es decir, de paño veinticuatro de Segovia.—Nota de la edición española.

que se estaban practicando por ellos en los puertos, tenían por objeto reconocer los lugares que en la costa fuesen más débiles y apropiados para un desembarco, pues el espíritu de conquista que dominaba á los españoles era tal, que pretendían hacer en el Japón lo que en México y en el Perú. Al principio aquella intriga produjo el efecto que de ella esperaban sus autores, y comenzaron á ponerse dificultades á los trabajos de Sebastián Vizcaíno y de sus compañeros; pero después el emperador les hizo decir que á él no le causaba miedo una invasión española en su reino, que reconociesen las costas y viniesen contra él en guerra cuando mejor les pareciese, que él tenía gran número de vasallos bien armados y valientes para resistir la invasión.

Esto podía haber tranquilizado á Sebastián Vizcaíno y á los suyos, pero su situación se había hecho ya insostenible; los recursos se habían agotado; de las mercancías que llevaron consigo para comerciar en el Japón una parte eran invendibles y la otra la habían dado al crédito y les era imposible cobrar las sumas que se les adeudaban, porque unos compradores se negaban resueltamente á pagar, y otros se ocultaban ó se retiraban al interior del país; los habitantes del país se presentaban en abierta hostilidad por todas partes; los españoles sufrían gran miseria y no pensaban sino en volver á Nueva España; y el general, que no tenía medio de proporcionar navíos para el regreso, procuraba inútilmente, perdiendo meses enteros, alcanzar una audiencia del emperador, porque toda la benevolencia y satisfacción que le mostró á su llegada habíase tornado en menosprecio y en desdén.

Vizcaíno enfermó gravemente con tales angustias y trabajos y quizá ni él ni ninguno de los suyos hubieran vuelto á la Nueva España, si el rey Mazamoneydono del reino de Ox no les hubiera enviado á proponer un contrato para hacer una embarcación, para que regresasen á Nueva España; tratóse el negocio por el general y el enviado de Mazamoneydono, y conviniéronse al fin en las siguientes capitulaciones:

«Primeramente, que el dicho Masamoney ha de dar navío aparejado y pertrechado de todos los bastimentos y lo demás necesario para traer viaje este año á Nueva España, sin que de parte de S. M. se gastase cosa alguna.

«Item, que desde luego han de correr los salarios y raciones de veinte y seis personas, pilotos y oficiales, como ganan de S. M., hasta llegar á Acapulco; y que la paga del dicho general y alguacil real y del agua y

cirujano y otras tres cuatro personas, corriesen por cuenta de S. M., pues eran ministros suyos.

«Item, que luego habían de socorrer á la dicha gente á cuenta de su salario, al piloto mayor y carpintero á cincuenta taes, y al acompañado á cuarenta, y á los demás oficiales á treinta, y á los marineros á veinticinco, y á los grumetes á quince.

«Item, que les había de dar su ración adelantada en dinero, y cabalgaduras para ir hasta Guenday, do se fabricaba el navío á su costa, que hay de camino más de ducientos y cuarenta leguas.

«Item, que ha de dar funcas para llevar la ropa de los españoles hasta do se fabrica el dicho navío, sin fletes ni intereses.

«Item, que han de dar á la dicha gente su repartimiento, como se usa en Filipinas, sin derecho ni fletes.

«Item, que toda la gente, así españoles como japones, han de ir á sujeción del dicho general.

«Item, que las personas que no van en salario, se les ha de dar ración desde el día en que se embarcaren hasta llegar á Acapulco.

«Item, que por cuanto no hay orden del dicho virey que vayan japones, han de ir pocos, como factores del dicho navío, y algunos grumetes, por haber falta de gente.»

Cumplió el Mazamoney con su compromiso; pero andaba mezclado en aquel negocio un fraile franciscano disgustado con su comisario que deseaba vivamente regresar á Nueva España; y como este fraile creyese fundadamente, que si la embarcación se ponía á las órdenes del general, éste no le permitiría embarcarse sin permiso del prelado, y como por otra parte, tenía grande influencia con Mazamoney por haberle servido de intérprete, pues conocía muy bien las lenguas del país, alcanzó de él á la hora que la nave estaba ya aparejada para el viaje, ser nombrado capitán y gobernador de ella, y Sebastián Vizcaíno tuvo que resignarse embarcándose no más como uno de tantos pasajeros. Hízose el buque á la vela, y después de sufrir grandes tormentas, llegó al cabo Mendocino el 26 de diciembre de 1613 y á Zacatula el 20 de enero de 1614.

Tal fué el desgraciado fin de aquella empresa cuyos resultados no alcanzó á saber en México don Luis de Velasco, pues había salido de allí el 10 de junio de 1611, precisamente en la misma fecha en que su embajador desde el puerto de Urangava comunicaba al emperador del Japón su llegada y solicitaba de él el permiso para ir á presentarle su embajada.